

21/56

ACADEMIA DE CIENCIAS ECONÓMICO-FINANCIERAS

LO ECONÓMICO  
Y LO  
EXTRAECONÓMICO  
EN LA  
VIDA DE LOS PUEBLOS

*Discurso leído en la solemne Sesión Inaugural del Curso de 1956-57, celebrada en el Salón de Actos del Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona, el día 18 de noviembre de 1956, por el recipiendario correspondiente*

EXCMO. SR. DR. D. ROMÁN PERPIÑÁ GRAU

BARCELONA, 1956







LO ECONÓMICO Y LO EXTRAECÓNÓMICO  
EN LA VIDA DE LOS PUEBLOS



ACADEMIA DE CIENCIAS ECONÓMICO-FINANCIERAS

LO ECONÓMICO  
Y LO  
EXTRAECONÓMICO  
EN LA  
VIDA DE LOS PUEBLOS

*Discurso leído en la solemne Sesión Inaugural del Curso de 1956-57, celebrada en el Salón de Actos del Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona, el día 18 de noviembre de 1956, por el recipiendario correspondiente*

EXCMO. SR. DR. D. ROMÁN PERPIÑÁ GRAU

BARCELONA, 1956





Ὁ δὲ χρηματιστής βίαιός τις ἐστίν,  
καὶ ὁ πλούτος δῆλον ὅτι οὐ τὸ ζητούμε-  
νον ἀγαθόν · χρήσιμον γὰρ καὶ ἄλλου  
χάριν.

ARISTÓTELES, *Ética Nic.* I, 5  
(3) § 8 (1096 BEK).



EXCELENTÍSIMOS E ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:  
SEÑORES ACADÉMICOS:  
SEÑORAS:  
SEÑORES:

En manera alguna pude sospechar cuando hace un mes fuí tan honrosamente invitado a formar parte de esta docta Corporación Académica y cuando ofrecí por título de mi discurso de recepción: *Lo económico y lo extraeconómico en la vida de los Pueblos* que el contenido que pensaba dar a tal tema pudiera alcanzar, en tan pocos días, una actualidad mundial.

Esto no implica, por supuesto, que vaya a referirme a hechos internacionales por todo el mundo escandalizadamente conocidos y angustiosamente seguidos; mas no hay tema ni principios, en el campo de las ciencias sociales, cuya problemática teórica no tenga consecuencias prácticas a través de las ideologías que, en último término, rigen las acciones de los hombres, tanto en el conducirse privado cuanto en la vida de los pueblos.

El lema que he leído en griego, cual exige el nivel cultural de una Academia, nos define al hombre que actúa económicamente, (es decir, al hombre cuyas acciones son materia de las ciencias económico-financieras, el crematístico), en las dos vertientes que modernamente utilizan los economistas para distinguir lo que es propiamente económico de lo que es extraeconómico.

La economía hoy en día se ha establecido como una ciencia de medios y no de fines, convirtiendo a la ciencia económica en ciencia técnica, proclamando ausencia de todo fin y, por ende, de toda norma. Esto es mucho más de lo que ya Max Weber llamó *Wertfreiheit* de la Ciencia, es decir, campos del pensar puro y objetivo.

Sin embargo, la clarividencia de Aristóteles en el texto del lema de este discurso nos dice que "quien actúa económicamente, lucha siempre para algo, puesto que es evidente que la riqueza (o el lucro, diríase aquí)

no es ciertamente el bien anhelado o perseguido. Se busca desde luego la utilidad, mas en tanto en cuanto va dirigida a alcanzar otras cosas que ella misma”.

El logro de la utilidad es, pues, lo económico; mas lo económico no es en sí finalidad, sino el medio mediante el cual se obtendrán las demás cosas o comodidades del vivir, es decir, lo extraeconómico.

Hoy, en el campo de la ciencia pura, como teoría económica, la distinción entre lo económico y lo extraeconómico se ha convertido en distinción tajante entre Vida y Razón. Nuestros colegas economistas si bien proclaman que la ciencia económica debe de estudiar “la realidad”, afirman que tal realidad únicamente se puede captar, para conocerla, empleando rigurosas premisas y condicionamientos que la separen de toda ideología, de toda dirección de anhelos u opiniones sobre el sentido de la vida. No hay, no puede haber, en la ciencia económica, como aparato mental puro, ni *Weltanschauung* ni distintos *ways of life* que los que se deducen del actuar económico. La ciencia económica, desliga el actuar del hombre de todo otro actuar humano que no sea aquel cuya finalidad es la económica; si bien sobre lo que es tal finalidad ya no todos se hallan acordes, porque sobre lo que son medios es imposible llegar a un acuerdo por el hecho de que todo medio encierra un sentido de contingencia y ya el mismo Aristóteles dejó establecida esta verdad incontestable diciendo: De la contingencia no puede haber ciencia.

Ante nosotros se nos presenta por lo tanto una doble y conexas problemática.

El conocimiento de lo económico *en el orden científico*, ¿tiene realmente por esencia la utilidad? Si es así ¿cómo distinguimos lo económico de lo extraeconómico y cuáles son sus consecuencias?

*En el orden de la vida*, si realmente lo económico es solamente un actuar de medios para fines, ¿quedará todo lo económico sometido a los fines, o sea, a lo extraeconómico, destruyendo la misma posibilidad de ciencia de lo económico? O bien, ¿quedará todo lo extraeconómico sometido a los medios, o sea a lo económico, absolutizándose así el medio y haciéndonos siervos de él?

He aquí planteada, señores, la problemática de mi discurrir; problemática que encierra una parte de los pensamientos que estos últimos años han

retenido mi mente; de un lado, asombrado de que nuestra ciencia no pueda resolver por sí misma problemáticas que le son propias, lo cual se halla confirmado por las publicaciones que sobre su metodología han aparecido y siguen apareciendo; y, de otro, entristecido al constatar que en la vida de los pueblos la lucha económica, con medios extraeconómicos y el voluntarismo extraeconómico desconociendo las limitaciones económicas son hoy, todavía, más que un medio de felicidad y prosperidad, un secreto factor de discordia tanto en la vida privada y nacional cuanto en las relaciones entre los Estados de nuestro mundo del siglo xx.

Cierto que no voy a presentaros una resolución de ambos problemas, el científico ni el de relaciones totales humanas, porque a medida que los años suman nuestro existir y nuestro pensar, si nuestra intencionalidad científica y humana se mantiene con la libertad esencial a toda persona sin prejuicios y pasiones, cada vez nos convence más de que los límites de la mente no son otros que los de captar y dominar la realidad y que la realidad jamás dejará captarse en toda su totalidad si bien siempre nos ofrecerá un número suficiente de verdades con las cuales podemos contribuir, quienes tenemos en ello responsabilidad de vocación, más firme y honda que la de los cargos, a señalar por lo menos aquellos caminos más seguros en el recto pensar y en el recto obrar para lograrse una vida de los pueblos con el contento y felicidad en cada época y en cada lugar alcanzable.

La ciencia económica realmente tiene por esencia lo útil. Para probarlo es evidente que podría aducir textos de los modernos metodólogos. Mas en esta mi circunstancia no sólo le es permitido al recipiendario exponer sus propias teorías o sistemáticas sino que bien creyera que obligatorio.

He aquí, pues, el resumen de mi posición sobre la primera problemática cuyos principios y verdades, aunque fueron descubiertos hace ya casi veinticuatro siglos, son hoy como serán mañana, por cualidad intrínseca de toda verdad, tan nuevos y tan viejos como en su prístina *aleteia*.

Es cierto — y a continuación aporto mi sistematización probatoria —, que la ciencia económica se fundamenta en las cosas útiles, en los bienes de lo útil, que son los bienes exteriores al hombre. Bienes que son bienes económicos en tanto en cuanto no son bienes finales sino bienes intermedios, instrumentos o medios para los bienes inmediatos, finales, sumidos por el hombre.

Este concepto básico fué patentizado ya por ARISTÓTELES, cuando en su "Moral a Nicómaco" (I, 6, (4) § 3) luego de decir que el bien puede presentarse bajo tantas acepciones como el ser mismo, estableció que:

el Bien... en (la categoría de) la relación es lo útil.

(cfr. colec. Didot T. II de Aristóteles, pág. 4, 23-30).

Si, pues, la economía trata de unos bienes que sólo son bienes en cuanto son medios, en cuanto son instrumentos exteriores para otras cosas, para otros bienes, es evidente que la calificación de lo útil provendrá de las intenciones finales que el hombre tenga en su producción o para su consumo. Por consiguiente tal utilidad tendrá carácter contingente y fugaz.

También este carácter, esencial a los bienes económicos, lo establece ARISTÓTELES al escribir:

"lo útil no es en sí nada permanente, sino que se hace otro en incessantes mutaciones" (Mor. Nic., VIII, 3, II Didot pág. 92, 40-41).

Y, además, los bienes económicos no nos son dados en cualquier abundancia, sino que tienen un límite como todo bien exterior e instrumento; y, además, cuando los poseemos en cantidad superior a nuestro necesitarlos los despreciamos, los rechazamos en su relativa y contingente abundancia.

Este nuevo fenómeno característico lo expresa ARISTÓTELES así:

"Los bienes exteriores (la riqueza, los bienes económicos), tienen un límite, como cualquier otro medio o instrumento y las cosas que se dicen útiles son precisamente aquellas cuya abundancia nos embaraza (detiene en su uso) inevitablemente o no nos sirven verdaderamente para nada (es decir, no nos son de ninguna utilidad)" (Política VII, I, § 4; I Didot, página 601, 23-26).

Y son estos dos fenómenos de limitación o de escasez de los bienes económicos, junto al de su abundancia, que nos hacen despreciar (depreciar, bajar el valor económico) los bienes, los que se tienen por básicos de la ciencia económica, especialmente por la llamada teoría subjetiva del valor o de la utilidad marginal, descubierta (sin conocer o referirse a ARISTÓTELES) por GOSSEN hace ahora alrededor de un siglo y redescubierta de 1871 a 1874 por JEVONS en Inglaterra, por MENGER en Viena y por WALRAS en Lausana; la cual formulada por WIESER dice así:

"En todo bien divisible, las primeras dosis de satisfacción de su nece-

idad se apetecerán intensamente, pero cada nueva dosis sucesiva se apetecerá con intensidad decreciente hasta que se llegue a un punto de saturación de nuestra necesidad a partir del cual, la satisfacción se convertirá en repugnancia”.

Y aquí aparece el punto crucial para el economista cuando se da cuenta que tal ley es solamente operante para los bienes sensibles.

En efecto, los bienes económicos como bienes de lo útil, como cosas para otras cosas, son variables, mutables, fugaces, es decir, contingentes; son limitados y son divisibles. Si no reconocemos otra clase de bienes que los bienes sensibles y materiales, si la vida es sólo vida determinada por el obrar económico, la vida será, pues, solamente una lucha incesante para poseer y usar esos bienes; los cuales, al tener tales características, jamás nos dejarán tranquilos y en paz con nuestra satisfacción; ni jamás podrán las naciones hallar un sistema ideológico de relación y de connivencia que haga posible su paz.

También fué ARISTÓTELES quien se planteó este problema; y si bien no halla su solución, nos deja ya unos elementos conceptuales distinguiendo luminosamente, de una parte, la relación del hombre con los bienes económicos, es decir, con los bienes exteriores y, de otra parte, la relación del hombre con los bienes interiores o del alma; porque de éstos nos patentiza, contrastándolos con los primeros, que:

“Respecto a los bienes del alma, por el contrario, nos son útiles (digo yo: valiosos), en razón de su abundancia...” y, precisando su imprecisión, por no hallar expresión adecuada, añade: “...Si se puede hablar de utilidad tratándose de cosas que ante todo son esencialmente bellas” (Política, VII, I, § 4; Didot, pág. 601, 26-29).

Con lo cual ARISTÓTELES establece y patentiza una ley inversa sobre los valores de lo útil y los valores del espíritu. Los primeros nos embarazan por su abundancia, su valor es decreciente y tienen un colmo; los segundos los vamos sumiendo con apetencia no sensible e indefinidamente creciente, sin límite de colmo ansiando su colmarlos; su valor se acrece con su abundancia interiormente captada; sólo dejaremos de sumirlos en tanto en cuanto tengamos que haberlos como personas terrenales por intermedio de cosas sensibles, mas los retendremos siempre con avidez cada vez de mayor conocimiento y acrecimiento de nuestra mental o espiritual complacencia. En resumen, los valores de lo útil se consumen cada vez; los del espíritu se sumen y se suman, se conservan y cada vez

son sumidos con acrecentamiento, con suma, completación o perfección en nuestro haberlos.

Este fenómeno lo podemos comprobar perfectamente; los alimentos, los vestidos, todo bien que adquirimos del exterior para sólo apetenencias de bienes materiales, desaparecen con nuestro consumirlos; mientras que el arte, la música, el estudio, las virtudes morales e intelectuales, con su repetición, se hacen cada vez más leves las dificultades del principio y los acrecemos y deseamos indefinidamente.

La conclusión es, pues, que el hombre capta y posee los bienes exteriores y materiales de manera esencialmente distinta con que puede captar, poseer, los bienes interiores y espirituales.

Y el economista, precisamente por ser quien conoce de los bienes materiales y su filosofía, es quien mejor puede percatarse de tal distinción y contraste con los bienes extraeconómicos.

He de declarar aquí, que ningún economista ni historiador de las teorías económicas, que yo sepa, había hasta ahora tan sólo indicado esta pristina formulación de los principios fundamentalmente básicos de la economía<sup>1</sup> y, por ende, de la distinción con lo extraeconómico así como de su mutua relación sustancial con los bienes, en el hombre y en la vida social. Y si bien algunos economistas hacen referencia a los clásicos griegos, ninguno había señalado, ni mucho menos sistematizado, esos luminosos principios de Aristóteles.

He aquí la clara distinción entre lo económico y extraeconómico, así como la evidente consecuencia que de ello se deriva: *los bienes económicos* son bienes de lo útil y cual bienes relativos y contingentes apetecidos diversamente en cada tiempo, lugar y circunstancia, son distintos de los bienes finales o absolutos que deseamos y, por ello, *dependen* de las múltiples intencionalidades o finalidades para las que los queremos, dirigidas a estos bienes, ya no económicos, que en distintos grados, con error o con

1 El desarrollo de lo hasta aquí expuesto se halla sistematizado, por el AUTOR, y por primera vez en: *TA PROS TI, Fundamento de la Economía*, Bilbao, 1951, 24 págs., Separata del "Boletín de Estudios Económicos". Enero 1951, págs. 19-42; y aceptado en reseñaciones de revistas filosóficas cual en *SAPIENTIA* La Plata Buenos Aires VI (1951) págs. 305-306 y en *VERDAD Y VIDA*, Madrid, abril-junio 1952, n.º 38, pág. 252.



verdad, anhelamos. Por lo tanto, la conclusión se impone al decirnos que lo económico se halla ligado estrechamente con lo extraeconómico, que los bienes económicos dependen de los bienes extraeconómicos que a su través deseamos, al propio tiempo que los bienes extraeconómicos se hallan condicionados por los medios económicos asequibles para alcanzarlos.

Y pues ello es así, la ciencia económica deberá de tener en cuenta lo extraeconómico por cuanto las intencionalidades extraeconómicas son las que en definitiva nos hacen obrar económicamente.

Esta tan clara conclusión, sin embargo, presenta dificultades al parecer insuperables. De orden científico, de orden técnico y de orden práctico.

Científicamente porque cada ciencia se constituye con principios y métodos propios y si bien hoy en día ya está debilitado el cientificismo decimonono que hacía de cada ciencia una aislada torre de marfil, no obstante, cada ciencia debe de abstraer para sí su campo propio de investigación si la mente humana ha de llegar a conocer fenómenos y verdades imposibles de captar con las variables pertenecientes a fenómenos de otros campos del saber. Y esto no sólo es aplicable a la ciencia económica sino que en ella las infinitas intencionalidades humanas extraeconómicas, de tenerlas en cuenta, convertirían a nuestra ciencia en una inconsistente casuística.

En el orden técnico (si bien, como veremos, cada día se tienen en cuenta más factores extraeconómicos), la dificultad no surge ya del reconocimiento de su influencia, sino de su reducción a conceptos y, más todavía, a fórmulas capaces de ser manejadas por el análisis económico.

Y en el orden práctico, muchos de los hechos y fenómenos extraeconómicos son imprevisibles o bien son incapaces de conocerse, cual en el interior de la mente de los hombres, las preferencias y alternativas de preferencias ante constelaciones distintas de precios, aunque las estadísticas basadas en encuestas o en muestreo de los *behavioristas* o de los econométricos pretendan llegar a conocerlas *ex post* por las expresiones de los actos realizados, pues siempre serán resultados de contingencias y no tendrán vigencia más que a corto plazo, ni valor, ni uso universal y necesario cual requiere la ciencia.

Consideremos ahora con atención la *segunda problemática*. El fenómeno más trascendental en el mundo contemporáneo hacia el reconoci-

miento de la influencia de lo extraeconómico sobre lo económico, se presentó cuando de un concepto predominante estático de la consideración de los fenómenos económicos se pasó al dinámico.

Ya Federico de Wieser denunció el mecanismo en el cual se había recluso la ciencia económica basada en el decimonónico Cournot y sistematizado por las teorías estáticas y puramente apriorísticas del equilibrio económico (especialmente de Walras y Pareto, que desligaban la ciencia económica no solamente de los factores extraeconómicos sino que los excluían absolutamente), que Hans Mayer en 1932 pudo decir de Wieser que “descubrió las leyes del ser en las leyes del devenir”: *Die Gesetze des Seins in dem Gesetze des Werdens fand*.<sup>2</sup>

Esas teorías mecanicistas se nos muestran en su pristina concepción en estos párrafos de Cournot en 1851:

“La civilización tiende a substituir al organismo vivo por el mecanismo calculado o calculable”, “la fase final de la humanidad nada tiene de vitalismo, héroes, santos, ni grandes individualidades, sino un mecanismo estabilizado, seguro de su duración”.<sup>3</sup>

Permitidme ahora, para introducirnos en el cuándo, cómo y por qué se introdujo en los economistas la necesidad de tener en cuenta lo extraeconómico, una referencia personal:

Nací en el mundo del estudio de la economía, en la época en que imperaban los estudios de la coyuntura.

La obra de Schumpeter, refiriéndose al ciclo económico, anterior a la I Guerra Mundial (1911), era editada de nuevo en 1926: *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*.<sup>4</sup> Tenía yo 24 años. Y las primeras ediciones inglesa y francesa sólo aparecieron a consecuencia de la gran depresión, en 1934 y 1935 respectivamente.

En el mismo año trabajé en el *Institut für Konjunktur Vorschung* fundado el año anterior y dirigido por el profesor recientemente fallecido

2 Cf. del AUTOR, *De Filosofía del Orden Económico* art. en la revista “Pensamiento”, Madrid, julio-agosto 1956, vol. 12, especialmente págs. 284-286.

3 Cf. del AUTOR, *Origen de la concepción mecanicista de la Estructura económica*. Art. en “Boletín de Estudios Económicos”, núm. 35, Bilbao, mayo 1955, pp. 45-46.

4 En español: SCHUMPETER, Joseph A.: *Teoría del desenvolvimiento económico*, versión de Jesús Prados Arrarte, México (F.C.E.) 1944.

Ernesto Wagemann, quien publica en 1928 su *Konjunkturlebre* y en 1932 su *Struktur und Rythmus der Weltwirtschaft*.<sup>5</sup>

Estas obras que se agotaron rápidamente y fueron traducidas en varios idiomas, no tuvieron, empero, como la de Schumpeter, segundas ediciones.

¿Por qué?

Regresemos, para explicárnoslo, a la época de la I Guerra Mundial. Entonces, en 1917, se fundó por el *Committee on Economic Research* y en la Universidad Norteamericana de Harvard, el primer instituto para la investigación de la coyuntura. No en balde, entre otros, Wesley Clair *Mitchell*, institucionalista, había ya publicado en 1913 su obra coyuntural: *Business Cycles*. El *Harvard Service*, debía, cual observatorio económico similar al meteorológico, predecir el estado de los negocios y la economía en total, mediante el sistema de las curvas de los tres mercados: A) *de la Bolsa* o de Empresas (cotizaciones), B) *de las mercancías* (precios, producciones), y C) *de la moneda* (tasa del descuento). Cualquier referencia a factores extraeconómicos se hubiera considerado heterodoxa. Solamente se daba audiencia a los precios de las empresas (valores), a los precios de las mercancías y al precio del dinero. Harvard acertó en un principio con su empírico procedimiento: primero, flojea el mercado bursátil, luego el de precios y volumen de negocios, mientras que el precio del dinero (tipo del descuento) sigue aumentando. He aquí el indicio de una depresión. En efecto, en 1919 predijo la crisis de 1920 sucediendo al llamado *boom* de post-guerra.

Pero... *el orden de movimientos no fué el mismo en 1929*; no hubo entonces aviso alguno al gran optimismo del nuevo *boom* y en 29 de octubre de 1929, al propio tiempo que se derrumbaban cotizaciones y fortunas en Wall Street y se extendía el pánico por todo el mundo, se llevaba en su crisis el prestigio hasta entonces incólume del estudio de la coyuntura y su Instituto Norteamericano de Harvard arrastrando psico-

5 WAGEMANN, Ernst: *Konjunkturlebre. Eine Grundlegung zur Lehre von Rythmus der Wirtschaft*, Berlín, 1928, XVI + 301 pp., esp. pp. 21-24: Las formas de movimientos de la Economía.

El mismo: *Estructura y Ritmo de la Economía Mundial*. Estudios prácticos sobre los métodos para pronosticar la coyuntura y combatir la crisis. Versión de Manuel Sánchez Sarto. Barcelona (Labor), 1933, XXX + 432 pp.

lógicamente a los Institutos europeos creados de 1925 a 1928: Berlín, Viena, Budapest, Lovaina, etc.<sup>6</sup>

¿Qué había pasado? Pues sencillamente que nuestra ciencia es aún joven y se va haciendo por partes; terminada una de ellas se cree haber alcanzado su perfección, pero los hechos “nuevos” o bien descuidados, se preocupan de ponernos de manifiesto que aún tenemos camino que andar, construyendo verdades sobre verdades al propio tiempo que rechazamos errores o defectos.

La *crisis estructural* mundial nos provocó *bondas preocupaciones intelectuales*.<sup>7</sup> Nos puso de manifiesto que la realidad económica no podía ser comprendida *únicamente mediante el aparato científico económico hasta entonces aceptado. Nos reveló que la realidad económica era influida y hasta determinada por otras realidades*. Tal preocupación intelectual ya nos había hecho señalar en Conferencias, dadas en el Ateneo Mercantil de Valencia en noviembre de 1930, y en la Diputación valenciana en 1931<sup>8</sup> que la economía europea luego de Versalles se hallaba *determinada desde fuera por un cambio muy importante de la estructura política* de los Estados europeos por el llamado Tratado por los vencedores y más propiamente Dictado por los vencidos: *11.000 Km. más de fronteras* en 1918 que en 1914 impuestas a nuestra pequeña Europa, es suficiente prueba indicativa.

Pues bien, esta ciencia joven reflexionó sobre sí misma al constatar que las leyes mecánicas de la economía, tanto las matemáticas apriorísticas del equilibrio económico y de metodología estadística cuanto las empíricas de la coyuntura habían demostrado que el mundo económico se

6 Cf. del AUTOR, *Crisis económica y derecho internacional*, Madrid (Federación de Asociaciones españolas de estudios internacionales. Curso de 1935. Fascículo 7), Madrid, 1935, 78 pp.

7 De ahí las citas casi exclusivas de obras y estudios del Autor, de las cuales este discurso, cual corresponde a su circunstancia, es una aportación destilada de las elaboradas ideas en conjunta sistemática en ellas contenida.

8 Cf. del AUTOR: *La política económica española ante el Memorandum Briand*. Conferencia pronunciada en el gran salón gótico del Ateneo Mercantil... 3 de junio 1930. Madrid (El Financiero) 1930.

AUTOR: *Exposición sobre la crisis económica mundial*. Sesión inaugural de las “Conversaciones sobre Economía” del Centro de Estudios Económicos valencianos para el curso 1931-32, en el salón de Sesiones de la Excm. Diputación Valenciana, celebrada el día 28 de noviembre de 1931. Madrid (El Financiero) 1932.

mueve no como un sistema mecánico aislado e independiente en sus leyes de estructura y de funcionamiento, sino como uno de los organismos de la total sociedad.

La crisis estructural mundial que como tal hecho estructural y no sólo económico funcional denunciamos en nuestras conferencias en Valencia, provocó también en muchos economistas hondas preocupaciones intelectuales. Sellier en 1949 puso de manifiesto la gran transformación que suscitó en el pensamiento económico;<sup>9</sup> René Clemens en 1952, justifica, por las mismas razones, la necesidad del estudio de la Estructura económica y la inclusión de lo extraeconómico en su sistema general;<sup>10</sup> y, del riguroso Akermann en 1954 son estas palabras:

“Cuando la Estructura de Industrialización recibió un martillazo por la I Guerra Mundial se vió hundir la ley de evolución progresiva y apareció una depresión única, la de 1930-33”.

“Desgraciadamente, todos los economistas eminentes en tal época, Cassel, Fisher, Keynes, veían el problema solamente como una relación entre factores agregados (magnitudes macroeconómicas) y que podían comprenderse estudiando un solo indicador, el nivel de precios (recordemos en Harvard: precio de valores, reflejo de la rentabilidad de las empresas, precio de mercancías, precio del dinero).

“Pero era la Estructura, concluye Akermann, la que se había trastornado de arriba abajo (*bouleversée*, en la versión del sueco).<sup>11</sup>

Tal aturullamiento científico de los economistas, puesto tan sinceramente de manifiesto por los citados, provocó reconsideraciones fundamentales. En el campo del análisis dinámico ya no se habló sobre ciclos sino sobre fluctuaciones económicas; a la preponderancia del análisis microeconómico en el cual no caben categorías extraeconómicas, sucedió la preponderancia del análisis macroeconómico en el cual pueden establecer-

9 SELLIER, F.: *L'influence de la "grande dépression" sur l'orientation de la théorie économique* en "Economie Appliquée". París, 1949, t. II, núms. 3 y 4, páginas 342-416, esp. 409-415.

10 CLEMENS, René: *Prolegomènes d'une Théorie de la Structure économique*, en "Revue d'Economie Politique", nov-dic. 1952, pp. 971-1.001.

11 AKERMANN, J.: *Le principe du dualisme appliqué aux problèmes de croissance et des cycles* en "Economie Appliquée" 1954 (núms. 1-2 enero-julio).

se ciertos parámetros, coeficientes o constantes con significación extraeconómica encuadrando los movimientos de categorías puramente económicas; y, precisamente de tales inclusiones reflejando ya una general aceptación de la influencia de factores extraeconómicos, han surgido las primeras referencias a la necesidad de conocer el total orden económico o estructura económica insertada en sistemas, hoy en día aún imprecisos, de estructura general de la sociedad.

He aquí, muy en resumen, las principales ideas y reconocimientos de la necesidad del estudio de la estructura económica, de los cuales siempre se concluye la exigencia de la relación de lo económico con lo extraeconómico, sustancialmente aún en pocos y funcionalmente en todos.

Los economistas, para tener en cuenta lo que indudablemente aparecía como de cierta permanencia, introdujeron en las ecuaciones de sus teorías de ciclos, luego de fluctuaciones económicas y modernísimamente en los modelos de secuencia, ciertos *coeficientes constantes*, implicando ese algo permanente a través del devenir y del fluir de acciones humanas y de bienes económicos.

Sin embargo pronto se observó que tales coeficientes ni podían considerarse todos de igual constancia ni se podían introducir todos los coeficientes que captasen todas las causas que delimitaban las variaciones en las cuales está encuadrada la vida económica; causas constantes, si bien con manifestaciones de mutabilidad, y causas imprevisibles que efectivamente existen y que determinan las posibilidades y los límites del actuar económico.

La primera distinción entre lo económico y extraeconómico, la había formulado Bouniantan ya en 1908 (y en sus estudios sobre la Teoría y la Historia de las crisis económicas) señalando factores endógenos y factores exógenos referidos a las crisis y ciclos; los primeros, puramente económicos, fluyentes a su vez y captables, al decir, racionalmente; los segundos considerados por Bouniantan empíricos, descriptivos, irracionales, de no necesidad y universalidad (en el campo abstraído de la lógica económica).

Modernamente, empezando en 1926 por Harms, poco después Wagemann y posteriormente Clark (Mauricio), Schumpeter, Perroux, Eucken, Tinbergen, Marjolin, Dupriez, Akermann, Sellier, Lundberg, Abdala, Clemens, para no citar más que una principal selección de alemanes,

norteamericanos, suecos, franceses, egipcios y holandeses, todos llegan a clamar, hoy en día, por la necesidad de penetrar y ampliar el campo del pensar e investigar económico, con el fin de conocer qué hay y cómo coordinar lo adquirido por la ciencia económica, con esa realidad antes descuidada que todos llaman ya hoy de una u otra manera estructura económica y estructuras extraeconómicas, implicadas de necesidad en el ser y en el fluir económico.

He aquí, en gran resumen, las principales ideas que nos aportan estos economistas contemporáneos.<sup>12</sup>

— *Idea de un fluir y de un permanecer.* Por separado, como la distinción entre coyuntura y estructura de Wagemann o bien los tajantes apartamientos y desconocerse de los “datos” cual en Lundberg, Tinbergen, Sellier. Uniéndolos de una u otra forma como Harms, Eucken, Akermann y Clemens.

— *Idea de algo real,* no universalizable por la mente, como fenómeno simplemente teórico cual Dähmen con sus bloques industriales en evolución: Eucken, con sus “tipos reales”; Sellier, como conjunto de “datos” o de las realidades tangibles.

— *Idea y reconocimiento de factores hasta ahora preteridos,* extraeconómicos y ajenos a nuestras investigaciones.

— *Idea de distribución y orden entre partes,* como en Clark y Perroux, señalando la problemática de proporcionalidad en las variaciones de los elementos económicos; o en Dupriez el problema de la modificación en la distribución de factores; y especialmente en Clemens.

— *Idea de algo orgánico,* especialmente en Harms y Wagemann.

Es la “innovación” en Schumpeter; son los coeficientes, no sólo de reacción técnica, sino taxativamente denominados de reacción psicológica e institucional por Tinbergen; y, en este sentido, especialmente Clemens con sus estructuras circulares al entorno del núcleo de categorías del *Flow* económico: moneda, precios, rentas y costes, y de las actividades reales, o séase, las que llama estructuras de técnica y politicojurídicas; psicológica y social; demográfica; de localización; y natura. Pero, a pesar de llamarlas variables estructurales, su conexión no aparece fundamentada ni en sistema lógico.

<sup>12</sup> Para más detalles cf. el Art. citado en la Nota 2, págs. 295-300 y 302, 303.

— *Idea de distinción*, pero también de íntima conexión, entre *estructura y sistema*, que es tanto como decir, estructura e instituciones económicas, o séase, *de conexión entre lo económico y lo extraeconómico*. Así Harms, fundamentalmente, así Clark y Marjolin; el mismo Tinbergen, como también especialmente Akermann, Sellier y Clemens; así Eucken con sus órdenes económicos.

¿Por qué, como nos es patente en este mismo resumen, tales intentos de conceptualización no alcanzan a precisar el contenido y la delimitación entre lo económico y lo extraeconómico?

Precisamente, en primer lugar, por las radicalmente preponderantes o absolutas filosofías de la acción, que de múltiples formas tienen implícitas en su pensar; por su concepto de acción, de dinamismo, de simple devenir, haciendo *caso omiso de toda sustancia* en la cual y por la cual se producen y nacen las categorías o accidentes movibles del ser económico.

Y, en segundo lugar, porque la tajante separación de la ciencia económica de otras ciencias impide situar el actuar y las realidades económicas en conexión con la vida toda social, de la cual solamente por la mente pueden ser abstraídas, pero que en la realidad se hallan íntima y consubstancialmente inmersas.

He aquí por qué vamos a presentar nuestro propio enjuiciamiento de la problemática, al parecer aporética, si se la quiere tratar desde un puro discurrir económico; sin que podamos tomar de autores extranjeros idea fundamental o planteamiento sistemático que nos satisfaga.

No hay verdad, señores, ni principio, ni fenómenos que expliquen por sí solos toda la realidad; no hay ciencia que pueda partir de una sola verdad o de un principio a ella sola referible.

Nuestro Balmes nos dejó demostrado que “en el orden intelectual humano no hay verdad de la cual dimanen todas: en vano la han buscado los filósofos”; pues “los medios con que percibimos la verdad son de varios órdenes” y, en consecuencia, añadimos nosotros, las verdades percibidas corresponden a órdenes diferentes de nuestra percepción de la verdad.

Sin embargo, Balmes, frente a todo escepticismo y relativismo, prueba y afirma que “hay en el hombre, como en el universo, un conjunto de leyes cuyos efectos se desenvuelven simultáneamente; separarlas, equivale muchas veces a ponerlas en contradicción... porque cuando se les exige



que obren por sí solas, en vez de efectos regulares, producen monstruosidades las más deformes.”<sup>13</sup>

Pues bien, del estudio de las necesidades del hombre para su existir y persistir llegué a la conclusión de que forzosamente tiene las facultades adecuadas para realizar los actos conducentes a tal esencial existir y persistir.<sup>14</sup>

Mas, las necesidades del hombre son de órdenes tan diversos que si encamina sus actos a uno solo de ellos, rompe su equilibrio y enferma o muere. Lo cual prueba que no podemos alcanzar la plenitud de satisfacción de las apetencias de uno solo de nuestros órdenes de necesidades pues en su límite impedirían la realización de los demás órdenes esenciales a nuestro vivir.

Sin necesidad aquí de desarrollar y probar que en todo Hogar existen cinco y solamente cinco órdenes de necesidades radicales, puesto que está establecido ya en obra públicamente conocida, he de recordar que esta nuestra sistemática establece que todo hombre, todo Hogar y, por ende, en toda vida de cualquier Pueblo, existen esencialmente estos cinco órdenes de necesidades que claman por sus correspondientes intencionalidades:

El económico, para procurarse los medios materiales con los cuales subvenir a todas sus otras necesidades.

El defensivo, privado y público también, para defenderse no sólo de los agentes naturales y de la rapacidad de las fieras, insectos o microorganismos, sino que también de la rapacidad de los hombres.

Mas la vida no puede concebirse dominada solamente por la fuerza, cual en las películas norteamericanas o en los escritos de Hobbes, sino que los hombres requieren inexorablemente establecer un orden jurídico para lograr su pacífica convivencia.

Y para solucionar necesidades colectivas el orden político-social es el que cumple, o debería cumplir, tal cometido y es siempre clamado por todos los pueblos.

Por fin, la necesidad de orar ha sido, es y será, necesidad radical de todo hombre; y en todo Hogar y Pueblo se muestran sus ritos y cultos, dando lugar al orden religioso.

13 Cf. BALMES, Jaime: *Filosofía Fundamental*, I, 15-53, 147 y 159.

14 Lo siguiente en la obra del AUTOR: *De Estructura Económica y Economía Hispana*, cap. de la constitución de los pueblos, pp. 33-73. Madrid (Rialp) 1952, 478 pp.

He aquí nuestros cinco órdenes esenciales y constitutivos de todo Pueblo con necesidad radical:

Económico, Defensivo, Jurídico, Políticosocial y Religioso.

Observad ahora cómo, el comerciante o el empresario, el militar, el magistrado, el funcionario o jefe de grupo político o social, el sacerdote, pretenden que su orden, el orden al cual está ligada su particular intencionalidad y concepción de la vida, es aquel del cual depende todo, es aquel cuya importancia es la decisiva en el vivir de los pueblos.

A cada uno le parece que tiene plena razón porque, cada uno de los órdenes ciertamente es esencial y por ende imprescindible en la constitución y vida de todo pueblo.

Y si tenemos ante la mente tanto la historia de los Pueblos en el concepto temporal, cuanto sus diversas actuales características en el espacial, observaremos también que hubo y hay pueblos de preponderancia sea de lo económico, sea de lo guerrero, sea de lo jurídico, sea de lo políticosocial, sea de lo religioso; más tal predominio si intenta subyugar a los demás órdenes causa la descomposición de la sociedad o perturba la misma paz internacional.

Cierto que cada país tiene sus especiales característicos predominios de acuerdo a su particular constitución, pero le está vedado (si desea conservar su propio y natural equilibrio, sanidad y paz), traspasar los límites, invadir el campo propio de las internacionalidades naturales de satisfacción de las necesidades humanas de los demás órdenes.

Ya establecieron los antiguos romanos que el exceso del mismo derecho escrito ya no es justicia sino injusticia: *summum jus, summa injuria*; y el mismo principio se aplica a los desequilibrios o abusos de los demás órdenes. También los mínimos cambian el bien de cada orden, pues la mínima economía es miseria, la mínima fuerza es debilidad, el mínimo derecho es también injuria, la mínima política es anarquía y la mínima religión es idolatría, superstición o brutalidad.

Si bien estas verdades nos muestran ya con evidencia que no puede hablarse de lo económico y de lo extraeconómico, cual si lo segundo fuera ajeno y perturbador de lo primero, ni puede hablarse de sometimiento de lo económico a otros órdenes porque no hay tal sometimiento sino equilibrio en la satisfacción de las necesidades entre los cinco órdenes, todos y cada uno esenciales a la vida ordenada de los pueblos, hemos de solucionar, antes de terminar nuestro discurso, el problema de jerarquía entre

esos cinco órdenes, es decir, ¿cuál de ellos tiene más valor, más importancia y cuál será la serie valorativa que nos haga comprender su gradación?

Esta problemática se ha planteado y se plantea muy a menudo. El político p. e. dice que la economía debe de someterse a la política; el sociólogo pretende una política al servicio de su particular concepción ideológica de la sociedad; los mismos religiosos, al proclamar la superioridad de la religión, piden la subordinación de todo al orden religioso. Y de otra parte, cuando leemos los estudios y aún libros de programación económica observamos que todo acto ulterior debe de subordinarse a la maximación irrestricta de la riqueza, exigiendo una educación exclusivamente técnica y toda la máquina del Estado subordinada puramente a los fines del desarrollo industrial o agrícola.

¿Qué fundamento, qué razones tienen todos estos tópicos, estas opiniones de parcialidad?

Ciertamente que quienes dicen que lo económico es de un orden inferior y que por ende debe de subordinarse a los órdenes superiores, dicen media verdad; porque tal “debe ser” parte de una escala valorativa de las actividades y fines humanos, plenamente normativa cual deducción lógica de una vía del pensar de un orden absoluto e intemporal, de un orden de lo perfecto frente a lo imperfecto; el cual, aplicado a nuestros cinco órdenes de civilización — hoy aquí, para simplificar hemos prescindido del reino de la Cultura informante de las civilizaciones —, nos daría la siguiente escala o jerarquía absoluta de valores: de los superiores a los inferiores, es decir: del orden de religión, descendiendo en imperfección al políticosocial, al jurídico, al defensivo y como más inferior al económico.

Mas el hombre entero y no parcial, no solamente tiene alma y mente sino que también un cuerpo animado en unión sustancial, y la persona humana no vive ni puede vivir solamente de lo absoluto e intemporal sino que se halla sujeta, como especie, a lo terrenal y temporal. Así pues los Hogares y los Pueblos están condicionados a lo relativo a su zona y época, en cuyo espacio y tiempo tienden a perfeccionarse pero deben de seguir en su andar, su progresar, la vía inversa a la ejemplar de la perfección, es decir, la vía de lo imperfecto a lo perfecto, la vía llamada también generativa y temporal. Así, rectamente considerada esta otra media verdad, se nos aparece adecuado el adagio: *primum vivere deinde filosofari* mostrándonos el principio valorativo temporal que nos da la escala o jerarquía

de valores, inversa a la de la anterior media verdad: de los primeros (en nuestro tiempo y espacio) a los últimos; la cual empieza por los económicos y siguen los demás hasta los religiosos. Es decir, de lo primero material y más cercano hacia lo inmaterial o último.

Si pues ambas series valorativas están vistas cada una de ellas como verdaderas en sus dobles y reales caminos, de arriba abajo y de abajo arriba, la verdad total no es doble sino una, porque ambas persiguen y forman la totalidad de la naturaleza de la persona humana. No hay, pues, dualismo en las dos vías, porque no son más que manifestaciones de una misma substancia humana y por ende de los Hogares y de los Pueblos.

La conclusión, simplicísima cual la clarificación de toda verdad, es que la vida de los pueblos solamente puede ser sana cuando su constitución se acomode al equilibrio entre todos los órdenes y cuando sus acciones tengan en cuenta los límites que cada orden tiene por naturaleza con respecto a los demás.

El tema desarrollado, fruto sintético de las conclusiones a que ha llegado en varias de sus publicaciones el recipiendario, le fué sugerido especialmente por la experiencia humana adquirida en un año de permanencia en América hispana, donde tuvo ocasión de acumular observaciones y de meditar sobre fenómenos de toda ella.

Allí, en el Continente nuevo (nuevo y joven pues en muchos de sus países más del cincuenta por ciento de la población es menor de 20 años mientras que en España, con ser país prolífero, es sólo del 35 %) pudo percatarse de la disolución de la sociedad precisamente acelerada con la aplicación irracional, es decir, sin tener en cuenta la racionalidad de la constitución de los pueblos que hemos sistematizado, de métodos de desarrollo económico con concepción absoluta de la intencionalidad económica, llevando acarreada unas formas de vida y gobierno, por quien os habla insospechadas, las cuales, aporéticamente ha calificado de "Dictadura de la Libertad", la cual lleva pareja crímenes continuos, que no sólo recatan sino que casi diariamente pormenorizan los periódicos, de carne (violaciones), de sangre (a bala o machete) y de propiedad, con un grado sorprendente de cohecho o de impunidad jurídica.

Y en Europa no estamos tampoco ajenos a manifestaciones de tales desequilibrios, no ya solamente por traspaso de límites y absolutización

del “ethos” del orden económico,<sup>15</sup> sino que también de los demás órdenes sobre el económico.

Y tales razones son tan propias de un economista cuanto han sido propias las advertencias de los físicos nucleares ante las consecuencias de las aplicaciones de su ciencia o los peligros del manejo político de sus hallazgos, sobre la vida de los pueblos. Y meditemos, además, que es más grave la descomposición del equilibrio de un pueblo que la desintegración de sus cuerpos.

He creído necesario manifestar estas razones de la elección de mi tema porque el sentido práctico (con sus grandes ventajas y también defectos cuando traspasa sus límites), tan idóneo al Levante español y cuyos filósofos mundiales son Luis Vives, el valenciano y Jaime Balmes, el catalán, si bien respeta y alienta la especulación teórica, exige, (y a ello me someto), que no se quede en las nubes, sino que desde las claras regiones de la mente haga desprender la lluvia vivificadora que todo pensar debe de poder derramar para la fructificación de nuestra vida y de nuestra sociedad, con el sentido del bien humano y hogareño que caracteriza la Cultura total, material y espiritual, de nuestros pueblos.

HE DICHO

<sup>15</sup> Cf. del AUTOR: *La Crisis de la Economía Liberal, Del Ethos económico al de seguridad*, Madrid (Eds. Cultura Hispánica, colc. Hombres e Ideas) 1953, 170 pp.



Imprenta Clarasó; Villarroel, 17. - Barcelona







